

guran la ética del desprendimiento y de la entrega. Con ellos, Maquiavelo y Shimose apuntan, sin énfasis para no caer en el impudor de la utopía, hacia un mundo libre, liberado de las pasiones y prisiones del apetito de poder— esa Hidra de siete y más cabezas.

En 1973, en un texto algo inconcluso y fragmentario, Shimose escribía:

Cuando el poder sea polvo
y el poderoso, olvido,
volverás a ser el mismo.
La vida entonces volverá a ser la tierra
siempre nueva.

Eduardo Mitre

Nuevos novelistas españoles

Alfredo Conde: *Memoria de Noa*¹

Paisaje y epopeya son un todo único en ciertas piezas literarias, en que los personajes y sus circunstancias son como un manto que arropa y al mismo tiempo ahoga al conjunto. La naturaleza está metida en el ser humano y dentro de él se retrata cobrando más vida cada vez que éste abre la boca.

El país gallego es uno acuoso por excelencia y no bastan las pinturas y fotografías, los partes meteorológicos y las leyendas para que los escritores nos recuerden la lluvia y la bruma en sus letras.

Describiendo de esta forma el escenario, comienza la novela de Alfredo Conde, *Memoria de Noa*, en que la reflexión profunda por el entorno patrio preocupa de forma especial a la protagonista que hace balance de su vida a partir del dictado que lo bucólico del ambiente parece inspirarle. Tan al fondo del alma le llega, que se siente flor y piedra, gota de agua y ráfaga de viento que la enajenan como nunca a los lares que contempla.

¹ Alfaguara. Madrid, 1984.

Tal planteamiento nos conduce enseguida a pensar que no somos solamente el presente, sino el pasado, y más que eso, el pasado de quienes estuvieron antes en este mundo. Acortando camino, las vicisitudes de los progenitores en el momento de conocerse y más importante aún, el episodio de la concepción de quien habla o rememora hechos. Todo esto es la materia prima con que cuenta la protagonista a la hora de empezar su balance. Sobre todo por lo atípico de la pareja de sus padres; él, un sacerdote, ella una mujer de clase acomodada, beata y temerosa de Dios.

En ningún momento hay reproche a la figura del padre, quien por la obvia posición de su cargo, no puede ejercer de padre a tiempo completo. La novela podría considerarse como un canto a la madurez; madurez un tanto precoz, pues arranca desde la infancia, se prolonga recta y hasta prolija a través de la adolescencia para desembocar en una adoración mítica en la edad adulta. El padre, a quien le llegan a nombrar obispo, es un mito al final de los hechos y podríamos decir en el curso de toda su existencia. En ningún momento desatiende sus deberes ni como progenitor ni como amante. Sabe desdoblarse para que su presencia cumpla a cabalidad con la misión que el destino le ha impuesto. Aunque nunca hay ni la más mínima mención al celibato sacerdotal, tampoco existe, ni siquiera de forma implícita, censura a semejante antigualla clerical. La familia acepta como algo anecdótico su condición y es más, la lleva hasta con orgullo, sentimiento nacido de la dignidad. Lo que en espíritus vulgares podría confundirse con petulancia o altanería, en los protagonistas de *Memoria de Noa* no es más que el refinamiento del concepto dignidad, difícil de emplear y hacer entender a seres desprovistos de semejante capacidad.

No falta la alusión política a la España de pasadas décadas, pues como se imaginará si se leen las solapas del libro, Alfredo Conde es un autor que por fuerza ha tenido que vivir las etapas de dictadura y transición. Nacido hace 40 años en Allariz (Orense) licenciado en historia, es actualmente diputado del Parlamento gallego. Pero Conde no se ha propuesto a escribir una novela de denuncia social, de las que tan provistos andamos en nuestro días. Si hay algo de denuncia social, la alusión apenas se percibe y hay que desenterrarla a base de hurgar en la epopeya, aunque no haya que excavar hasta el fondo. El solo hecho de que la protagonista sea hija de cura, prefigura ya un grado de conflictividad sociopolítica, pero que se desvanece casi al comienzo. El objeto de esta condición paterna no es más que el psicológico, pero no con la pretensión científica sospechada. Es más bien un recurso literario, aceptable para dar pie a la narración, una excusa para tejer un halo de misterio o de curiosa morbosidad.

Sobra, eso sí, un cierto recreo en la exposición de los elementos. Episodios completos que se podrían representar con la mitad de las palabras que el autor trae al texto. Excesivo refinamiento, para explicar algo que líneas abajo es nuevamente traído a colación. La narración cobra momentos de densidad y cae en el peligro de perder el ángel que en el fondo posee, pero la atenta lectura hace que tales cosas no ocurran. Claro que acudir a lo anterior no siempre es aconsejable, pues un no muy ensimismado lector puede cerrar el libro y no volverse a acordar de él o si lo hace,

avanzando una páginas más, se creará enterado por completo del mensaje que el autor se esfuerza por mantener en alza a todo lo largo de la narración.

El amor viene continuamente a auxiliar momentos en que parece que la realidad seca y tangible se adueña del alma del relato. No hay que olvidar que *Memoria de Noa* es una novela cuyos protagonistas están unidos entre sí por el afecto, y es precisamente esto lo que da razón a sus vidas y a la reflexión inicial planteada por esta mujer de treinta años, madre casada y feliz de serlo, no porque de semejante institución tenga ideas míticas, sino por evitarse complicaciones profesionales en la sociedad de aquellos tiempos. Pero se nota que la protagonista es dichosa con su situación, dicha que es un tanto forzada, ya que el marido no aporta más que la indiferencia a su nuevo estado, por verse convocado al matrimonio a causa de un embarazo completamente accidental.

Acaso porque *Noa* es una palabra que sacraliza muchas cosas en las tribus de la Polinesia, la protagonista se llama de esta forma, imprimiéndole a todo su vivir un halo místico, que en absoluto está justificado en la novela. No son del todo extraordinarios los avatares de Noa, sino más bien obedecen a la normalidad dentro de una situación de irregularidad. Es otro de los baches que tiene la novela, que bien, prescindiendo de profundizaciones innecesarias o concretándolas al máximo, permitirían acercarnos más a la intención del autor.

Joaquín Márquez: *Reconstrucción de la niebla*²

Aquello del más allá es una cosa que nos atañe como si fuese de lo más cotidiano. Y la preocupación no es nueva. Desde tiempos inmemoriales, el hombre se ha sentido como de prestado en este mundo, alquilado con derecho a todo lo que ve y puede conseguir con su trabajo o su violencia. Pero no olvida que está en el mundo de forma pasajera y no necesita exactamente de la muerte física o de las religiones para demostrárselo. No es extraño que la novelística se ocupe del tema y que la producción al respecto sea ingente y profunda.

En casi todas las religiones conocidas se acepta la reencarnación como un hecho. El hombre se pregunta si ha estado en este mundo en una vida anterior y en muchas ocasiones tiene hasta la certeza de ello, a tenor de manifestaciones que considera pruebas inequívocas. En *Reconstrucción de la niebla*, la vida anterior de un hombre es revelada a un amigo en forma de datos enigmáticos que el otro se propone desentrañar una vez producido el fallecimiento de aquel.

La nunca comprobada científicamente práctica del vaso danzando entre una media luna de números y letras, sirve para la comunicación entre el muerto y su emisor en la tierra, el encargado de averiguar el pasado, a partir de una documentación implícita en el trajinar de la búsqueda. La sesión es convocada por la viuda y asisten

² Ediciones Albatros. 1984, Madrid.

una directora cualificada en materias esoteristas y testigos conocedores del tema. En el curso de la reunión queda desvelado el requerimiento del difunto y el consiguiente estigma que marcará la vida del amigo, para quien comienza un verdadero calvario, ya que la vida entera se le irá en la empresa, a luces racionales, descabellada. El amigo muerto, fue en su anterior vida terrateniente y proporciona una fecha de existencia que el otro tiene que ir rastreando de cementerio en cementerio, por toda una comarca.

Los antecedentes poéticos del autor, Joaquín Márquez, se notan, saltan a la vista. *Reconstrucción de la niebla* es su primera novela, siendo ya galardonado en varias ocasiones por sus trabajos poéticos. La prosa de *Reconstrucción...* abunda en tintes líricos y la metáfora recuerda en todo momento a quien intenta embellecer la composición. Con el evidente riesgo al equívoco, podría decirse de esta novela que es un ejemplar de prosa poética, que a no ser por la enigmática epopeya que tiene lugar, el concepto anterior cobraría toda su entidad implantándose de tiempo completo a lo largo de la narración.

Interesante la simbiosis que logra el personaje central de la obra con respecto a la vida anterior del amigo que intenta reconstruir. Es tanta la compenetración con la demencial empresa, que poco a poco empieza a padecer el mismo mal que mató a aquel y a tornarse en un individuo diferente y extraño con quienes le rodean y para quienes empieza a ser un ente de otro mundo. La técnica de la investigación consiste en hacer coincidir la fecha de la muerte revelada, la actividad del amigo en la anterior vida, con la de personajes de idénticas características en la región de origen.

Ocho pueblos, innumerables archivos, documentos y lápidas sepulcrales jalonan tan insólito itinerario. No obstante, la experiencia no es tan baldía pues, a partir de ella, se desentierra el pasado de la región y las hazañas de algunos de sus hijos, susceptibles de ser tratados sin rubor alguno de ilustres. Santos, militares, escritores, guerrilleros y simples aldeanos parecen ser los seres que encarnaron al espíritu de quien ahora pretende se sepa su última existencia. Pero una extraña enfermedad consume al investigador, quien no cesa en su empeño, no obstante ser consciente de su postración. Pero nada le detiene, incluso cuando llega a la certeza de que la empresa es inútil y de que algún dato, o mejor, la empresa toda ella, es producto de una burla o de su propia imaginación trastornada.

Reconstrucción de la niebla es una obra que obedece fielmente a la semántica de su título. Partir de datos ambiguos es como empezar a caminar por un bosque desconocido, envuelto en una gruesa capa de niebla. Pero es precisamente ésta la que hay que reconstruir, hacerla una masa tangible con la que se pueda hacer algo. La niebla a la que concretamente alude el título y forma el corpus novelístico, es el pasado, épocas que fácilmente pueden abarcar un siglo. Todo es gaseoso, pero al mismo tiempo concreto y real. Basta leer detenidamente los datos, barajarlos con inteligencia, y se saca la conclusión de que se está siguiendo una pista adecuada. Para que todo desemboque en total verosimilitud, sólo falta claridad de pensamiento,

paciencia, entereza, virtudes que al final no llega a mantener el investigador por que su cuerpo falla, extrañamente es invadido por el mismo mal que mató al amigo. Va consumiéndose y, como pasando el testimonio en una carrera de postas, intenta que alguien de los que le acompañan en la lenta agonía, tome el relevo y continúe no sólo la investigación que él no ha podido completar, sino la de su misma vida, presente y pasada... es lo que parece desprenderse a juzgar por el cariz que toman los acontecimientos en los últimos días del desafortunado investigador.

La niebla queda en niebla, pues la imposibilidad absoluta de reconstrucción hace que el sentido de la novela sea como el principio y final de un ciclo, algo que siempre ha estado ahí, en la vida de unos protagonistas que se han venido sucediendo los unos a los otros durante siglos.

Carlos Casares: *Los oscuros sueños de Clío*³

Carlos Casares, crítico literario de varios medios de comunicación gallegos y académico de número de la Real Academia de la Lengua Gallega, es intérprete de las divagaciones oníricas de Clío, musa de la historia, honrada hasta no hace mucho por una oscura sociedad berlinesa.

La obra es una serie de relatos que versan sobre temas históricos, pretendiendo desvelar entresijos hasta ahora desconocidos o poco tomados en cuenta por la historiografía oficial. «Bromas gastadas a la historia», en palabras de Gonzalo Torrente Ballester, dado que la redacción está plagada de humor y desenfado, una distensión que hacen de los temas traídos a texto verdaderos pasatiempos, que utilizan como señuelo acontecimientos históricos y personajes sobre cuyas biografías se ha escrito suficiente.

La impotencia del rey Carlos II, *el hechizado*, abre la antología, y de los varios intentos de curación que se hicieron, el autor trae dos a colación, ficciones ellos, pero con evidente basamento histórico y/o legendario. El primitivo curandero que es desterrado de palacio por no poder probar el origen del mal real: sesos de difunto disueltos en una taza de chocolate. Para suplirle en el cargo, es traído de Galicia un fraile campanero que aseguró dominaría a los demonios que atormentaban al último de los Austrias. Dictaminó que éstos eran dieciséis y se hizo cargo de su dominio y posterior destierro para lo que interesó a la Corte entera en la terapia. La repentina influencia ganada la pierde una noche, en que el confesor del rey le sorprende en cálido himeneo con una garrida moza, arrojado que le costó la vida en la pira de la Plaza Mayor, tal y como mandaban los cánones de la época.

La riquísima mitología gallega también viene recogida en *Los oscuros sueños de Clío*. El relato *Dos normandos* narra las positivas encarnaciones de los espíritus de dos guerreros vikingos muertos en tierras galaicas, quienes se distinguieron muy por

³ Alfaguara. Madrid, 1984.

separado en la vida y en la muerte. El primero de ellos, era cruel y despiadado en la batalla, por lo que tuvo una venganza terrible, una vez apresado por los nativos del país. Pero así haría de la suyas, ya que se quedó en la tierra, mortificando a los vecinos con toda suerte de desmanes: devoraba bueyes enteros, arrancaba manzanos de cuajo, galopaba por tejados, preñaba mujeres casadas sin que éstas lo advirtieran. Su conmlitón, resultó el reverso de la medalla, pues en la guerra fue su insignia la piedad y el inferir el menor castigo al contrario. Espíritu bueno, duende caritativo, era quien se encargaba de echar una mano allí donde hiciera falta: cultivar terrenos difíciles, cocinas, avisar de la lluvia y de la helada. A ambos daría Dios justo castigo y pago...

El resto de los relatos de esta genial serie que trae Carlos Casares son todos por el estilo. Lo dicho anteriormente: burlas a la historia. Un intento logrado de tomarse los hechos, consignados en anales, a broma, partiendo de una ficticia erudición a la manera borgiana. El autor toma como pie narrativo episodios verídicos y de ellos entreteje escenas, simultanea secuencias que dan al texto color y vivacidad, ritmo y presencia.

No solamente la Galicia mitológica de Casares se encuentra presente en estas narraciones. El autor saca partido de la misma historia de España, de sus reyes y héroes, aunque la base geográfica (y argumental) es, por supuesto, Galicia. La siempre buscada piedra filosofal en otras épocas, no escapa al repertorio de Casares y es así como un fraile acusado de un negocio de sodomía, cambia la pena de ejecución por la entrega de cuatro mil kilos de oro al rey Felipe IV en el plazo de un año.

Oficios tan antiguos como el de los «avisadores» o cronistas palaciegos, antepasados ilustres de los periodistas modernos, también están presentes, cambiando sus favores por dádivas en especie. Estos «avisadores» se instalaban en las cortes señoriales de distinto escalafón y hasta en el mismísimo palacio real, residencia del Emperador de las Españas. Como es lógico suponer, estos individuos eran utilizados para informar de las vicisitudes políticas al uso. Solían trabajar para un señor de provincias o para un noble en el caso de que el infiltrado estuviese en la Corte Real.

Incluye Carlos Casares al final de la obra, un índice onomástico muy útil a la hora de guiar al profano en la identificación de los personajes citados. En absoluto se podría decir que *Los oscuros sueños de Clío* deforman realidad histórica alguna. Como ya se ha dicho, se apoya en hechos eminentemente ciertos y de allí parte toda una lucubración humorística que acerca al no muy amante de la historia a esta ciencia, quitándole por completo el carácter un tanto que comporta su acercamiento. Es como si la musa de la historia, Clío, hubiese en efecto soñado. Pero no de una forma pesadillesca, sino tomándole el pulso benévolo al acontecer histórico que sin lugar a dudas existe.

Cristina Fernández Cubas: *Los altillos de Brumal*⁴

Cuatro relatos cortos y sustanciosos en los que están puestos de manifiesto agili-

⁴ Tusquets Editores. 1983. Barcelona.

dad en el lenguaje y precisión en los conceptos que se quieren presentar. Imágenes boscosas, traídas como de un recuerdo que prácticamente no ha existido pero que en realidad está ahí, ya que en cualquier momento el suceso puede materializarse y producir la evocación y por ende la reconstrucción del pasado.

El reloj de Bagdad, primero de los cuentos de *Los altillos de Brumal*, es una pieza literaria donde la fantasía hace de materia prima, aunque lo fantástico sólo aparece al final de la narración, convirtiéndose en la parte esencial del mensaje. Evocaciones de la niñez en una casa de familia acomodada que se permite el lujo de tener dos criadas, hermosos ángeles de la guardia de la prole; fulgor de senectud que guía los primeros años de las criaturas que, embelesadas, asisten a los relatos terroríficos, a los diáfanos cuentos de hadas que pueblan el repertorio de las dos mujeres. Son seres como de la familia, sentimiento que en una ocasión le confiesa a una de estas ancianas la niña protagonista. El concepto de criadas nada ni nadie se encarga de recordar; es algo accidental, aleatorio, está ahí pero mejor es olvidarlo, no vaya a ser motivo de culpabilidades, de autorreproches innecesarios. Un día el padre compra una preciosa antigüedad. Es un reloj construido en Irak hace muchos años para un cliente europeo y que por supuesto, hace las delicias de la casa. El reloj no causa el mismo impacto en las dos ancianas quienes se retraen continuamente hacia la pieza y hasta se niegan a limpiarla. Poco a poco el reloj se convierte en el centro de la vida familiar, pero desde dos perspectivas diferentes. Al cabo de vuelta de un viaje de los padres, una de las criadas huye de la casa pretestando la enfermedad de una hermana y la otra, muere al poco tiempo. En la casa empiezan a suceder cosas extrañas, como sacudida por duendes y espíritus burlones. Una noche se declara un incendio que pone a la familia en la calle; se sucede una explosión, que viene del reloj, y a continuación unas carcajadas diabólicas que le explican a la pequeña protagonista todos los extraños fenómenos que se han venido sucediendo.

Aunque todo esto suene a literatura misteriosa, así a secas, y gratuitamente, no debiera tomarse con la acepción ligera que en estos casos se acostumbra. El misterio viene como un elemento más, pero para dejar a todo el tema en suspenso, elevarlo y dejarle allí en espera que algo le derribe y traerlo de nuevo a una realidad en el fondo innecesaria, pues la realidad concreta vendría a empañar la luminosidad total que la autora se esfuerza en mantener a lo largo del relato.

Los otros tres cuentos de esta entrega guardan similitud con el anteriormente comentado. No le son inferiores en magia, profundidad ni elegancia de estilo. Vuelve el misterio como elemento primordial, pero se mantiene el ágil ejercicio en tanto como norma que se impone la autora. En *El hemisferio Sur*, una escritora es poseída por una extraño medium que le obliga a transcribir toda la obra que está materializada por la protagonista y que ésta descubre en azaroso episodio que le obligará a poner fin a sus días. Acude a un amigo, antiguo compañero universitario y empleado en una editorial, dado que se trata de un escritor, no frustrado, pero sí ante la tortura que produce el folio en blanco y el cerebro atrapado por maravillosas ideas que nunca logran concretarse en literatura.

Los dos últimos relatos, *Los altillos de Brumal* y *La noche de Jezabel*, siguen, por supuesto, la tónica de los trabajos anteriores. Apenas pequeñas variaciones en la construcción semántica, pero el ritmo y la intencionalidad creativa se mantienen, logrando que todo el volumen sea una sola obra, como si de una novela se tratase, y los cuentos capítulos en los que la autora se permite cambiar los nombres de personajes y escenarios. El lector retoma enseguida el hilo intencional y en los intervalos que desee establecer, podrá recordar pasajes de la narración anterior y verá cómo la imagen es la misma y que es conducido hacia la propuesta meta de principios del libro.

Salvador Maldonado: *...mamita mía, tirabuzones*⁵

No se sabe con qué intención Lola Salvador Maldonado, prescinde del *Lola* al firmar su excelente novela. El que escribe esta reseña no lo entiende en absoluto, y menos aún al leer el libro y ver que quien protagoniza la obra es una mujer.

Autobiográfica, como fácilmente se desprende de las frases anteriores, *...mamita mía, tirabuzones*, es la de una niña que en la posguerra recuerda a su madre y entreteje estas evocaciones con los desagradables recuerdos de la guerra civil española, pero que sin embargo trae de forma amena a la novela.

Recuerdos desde la casa de Madrid, una enorme finca que dieciocho habitaciones, en donde funciona una empresa de modas y en la que trabaja un ejército de modistillas, que tanta literatura y leyenda han prodigado. La niña asiste a un colegio inglés, y es hija de republicanos que milagrosamente han salvado el pellejo. Es una criatura precoz, que habla de política, se interesa por el sexo de Dios. Discutse entre las mujeres de la plantilla, convirtiéndose en la mascota y hasta en la cómplice para todo tipo de suertes, con la morbosidad que otorga ser hija del patrón.

Parte de esta fuerza le viene dada de su amistad con la más joven de las aprendizas, catorce años, «hace dos que *es mujer*»; hija de una prostituta que murió en los avatares de la guerra. Esta la adiestra de quiénes fueron los *rojos* y quiénes los *azules* y de las milagrias de ambos: desmanes y mil tropelías que no impresionan en absoluto a la cándida oyente, sino que todo lo contrario, le documentan positivamente y le forjan una personalidad que no tiene ningún empacho en demostrar a la primera oportunidad.

La novela gravita todo su peso argumental en la amistad entre la pequeña protagonista y su madre, amistad que irá más allá de la muerte de la segunda. Es un recuerdo continuo, evocación de la desaparecida, diálogo con el espectro en todos los momentos de la vida. La madre muerta es Dios, el Dios en que la atea niña no cree, ya que al faltarle una explicación racional, acude como todo ateo, a la invención de otro Dios que suplante al oficialmente impuesto.

Existe un pulso entre racionalidad y ficción que Lola Salvador Maldonado, mane-

⁵ Planeta. Barcelona.

ja a la perfección. El tema de la novela caería en la vulgaridad ya que es mercancía al uso y la narrativa que tiene como arquetipo la guerra civil comienza a flaquear de originalidad. Todo el mundo tiene algo que decir al respecto, aunque no lo haya vivido y tenga de ello una idea abstracta, o concreta a medias. El todo es referirse a *eso*, una obligación en todo español que haga literatura en estos tiempos en que se pasan cuentas y se exige el encuentro de culpables y la exhibición de cabezas sangrantes clavadas en la pica vengadora. De ahí el peligro a que están sujetas la mayoría de las obras que tratan de las vicisitudes bélicas; no ocurre lo mismo en ...*mami-ta mía, tirabuzones*, pues, como ya se ha dicho, el diálogo de fondo se mantiene y viene en auxilio de la obra cuando el relato del episodio histórico empieza a desgastarse.

Con el poético título de *Espíritu del Aire* la protagonista rellena la ausencia del Dios oficial y es este el ente que viene en su auxilio. *Espíritu del Aire* es como una Dulcinea que asiste a la quijotesca figura de quien nos habla y quien en todo momento está necesitada de ayuda, pues la vida se le complica a cada recodo, los apoyos fallan en el aire y ahí mismo tiene que asirse del espíritu que ha creado. El recuerdo de la madre muerta no alcanza para tanto, apenas para la evocación afortunada, y de cuando en cuando se transforma en deidad, pero más parece una ayudante del *Espíritu del Aire* que la suplantación definitiva.

Un día la vida se transforma por completo. La familia vende el caserón madrileño, pues no pudiendo más el liberal y ambicioso padre soportar la esclerotizada España de aquellos tiempos decide partir hacia el progreso, la cultura y la justicia. Lo más lejos posible debe de encontrarse aquello. En el sitio más rebuscado del mundo. Nada menos que Australia, tierra de la que se tiene una idea ambigua en cálculos reales, pero que se intuye prometida.

Parte la familia con rumbo Cádiz, última parada y fonda antes de atravesar tan inmensos mares en busca del progreso. La niña apunta a la edad en flor, está próxima a *hacerse mujer* y a todos encanta su sabiduría, su exquisita-educación británica, aquellas cosas que sólo pueden darse en Madrid. No se entiende por qué, pues, esta familia abandona España. Andalucía vive ya su estancamiento, el desarrollismo no prodigó sus mieles sobre la Bética, el señoritismo se enseñorea aún más de todas las cosas y allí sólo quedan el folclorismo barato, la clientela de capillas y catedrales y el afán de la emigración, única forma de concebir el porvenir. La familia de maras, en su ansia de respirar nuevos aires, encaja a la perfección en el conjunto.

Pero viene un contratiempo definitivo: mueve la madre y el viaje se trastoca por completo. Si la novela ha dado un vaivén por otros derroteros, con este amargo episodio retoma su sentido, su vitalidad máxima, ya que de nuevo la figura de la madre cobra entidad divina, casi diríamos, mítica. La niña es recluida en un convento, en contra de la norma de conducta que cabría pensar del padre. Entonces el mundo se detiene por completo, la vida entra en una dimensión, más que desconocida, irreal y fantasmagórica. Apenas puede creerse lo que ha sucedido, pero los hechos están ahí, con toda su carga de emocionalidad y crudeza. La niña, no es que se adapte

a su nueva vida, sino que la soporta con rabia contenida, alimentada por la nunca aceptación de la muerte de la madre. Para ella está viva y como con el *Espíritu del Aire*, dialoga, discute y consulta sobre la sorpresa hecha vida que como un manto la atropa con rabia.

En medio de un curioso lance se *hace mujer*, pero el hecho físico de la menstruación apenas la inmuta por la idea concreta que tenía del fenómeno. Lo que más parece sorprenderle es su poca perplejidad ante lo que acaba de sucederle. La amistad con otra de las internas del convento le proporciona la ocasión propicia para fugarse de él. Aquí termina la novela, con ese final, así, en suspenso, susceptible de cualquier interpretación que le quiera dar el lector.

Alejandro Gándara: *La media distancia*⁶

La gloria y la fama, esas dos dimensiones brumosas que desde siempre han obsesionado al ser humano, pesan como una losa en el alma de *el Charro*, un atleta, protagonista central de la novela *La media distancia*, del escritor santanderino Alejandro Gándara.

Privaciones, sacrificios, todo el borrascoso camino que lleva a la gloria, se convierte en nada una vez que se han conquistado los máximos galardones y nace el compromiso consigo mismo de mantener lo ganado. El mundo exterior parece desaparecer o cobrar una atonía en comparación con el calvario interno que se empieza a vivir. ¿Qué es haber llegado? O mejor, ¿para qué se ha llegado? Estas dos preguntas resumen la incógnita y el desvelo actual que tortura a *el Charro* para quien el mundo comienza a ser una habitación extraña en la que más que incómodo, se siente prisionero. Pero por otra parte la obligación de continuar, de perpetuar lo que genéricamente se conoce como consagración, es la cadena que con más fuerza le oprime y a cuyo vínculo no consigue sustraerse. Porque abandonarlo todo así, de buenas a primeras, sería una traición a sí mismo, a «diez años de kilómetros y yagures», y a quienes de alguna forma o de otra han confiado en él y le han ayudado. Porque en los triunfos, por muy personales que sean, no sólo ha concurrido el vencedor con toda su carga de humanidad, sino toda una cohorte, a veces anónima, que a la postre se revela como copartícipe, victoriosa adjunta, no menos épica y gloriosa.

Pero donde la prisión que encarcela a *el Charro* se cierne más oprobiosa y ruin, es en la soledad. *El Charro* está solo. Y lo peor es que nadie repara en ello, pues sería de lo más inverosímil el sólo plantearse semejante hipótesis. Aunque la asistencia de entes físicos próximos a él no se revele de forma directa, el caso contrario tampoco nos daría como resultado un *Charro* justamente acompañado y feliz. Desde niño fue uno de esos seres introvertidos y claramente huraños. Lo que no quiere decir que estas personas tengan demasiado contra el mundo ni contra quienes lo habitan. Simplemente poseen un mundo interior más rico en imágenes e ideales,

⁶ Alfaguara. Madrid, 1984.

y habitados por él, viven dentro de él y desde él extraen la energía y el valor suficientes para la brega diaria. *El Charro*, en esas correrías de entreno por los campos de Ciudad Rodrigo (Salamanca) forja no sólo sus músculos y su ordenada respiración y circulación sanguínea de semifondista; una personalidad férrea se gesta dentro del joven que resopla y que aparta con las manos la gruesa neblina mirobrigense. Es cuando nace la idea del triunfo final, total, la de alcanzar las más altas cotas en marcas y medallas.

Y con el tiempo van llegando preseas y *récords*. Al mismo tiempo la vida. La vida con toda su carga de dichas e infortunios; los elogios y las felicitaciones, los sablazos morales y las desilusiones, al comprobar la pobre carga de afecto y sinceridad que son capaces de portar la gran mayoría de los congéneres que rodean al *Charro*. Es donde la entereza psicológica de éste comienza a hacer agua, pero es un resquebraje interno que se cuida mucho en que no salga a la superficie y la sitúe en una incómoda indefensión ante ese mundo que se declara feroz y poco dispuesto a perdonar faltas y reblandecimientos de personalidad. Hay que seguir siendo fuerte, dinámico, optimista y ambicioso si se quiere continuar donde se está e ir más lejos de lo hasta ahora conseguido.

He aquí la gran disyuntiva. ¿De verdad quiere seguir? ¿Desea conseguir más allá de lo logrado? ¿Mejores marcas y más medallas? ¿Tal vez un *récord* olímpico para España? Pero vamos a ver, ¿dónde está la importancia de todo esto? El para qué sirve, El para qué de más y más lucha, desasosiego y competencia. ¿Entenderán los demás toda esta problemática, todo este volcán interno que abrasa el espíritu del pobre *Charro*? No, imposible *el Charro* no puede ser un «pobre», debe y tiene que ser fuerte y poderoso, de lo contrario no se explicaría cómo ha llegado hasta aquí. Por eso es lejana la posibilidad que la gente se dé cuenta de lo que sucede dentro de esa armazón de músculo, fuerza y agilidad atlética, que en poco tiempo ha pulverizado *récords* y demostrado que desde provincia hay algo que decir a las élites de la capital.

Porque *el Charro* ya ha llegado a Madrid, fichado por una importante divisa de la capital del Estado. Está a punto de alcanzar la cima, pero también el borde de la ruina total. Decide cumplir con todo y con todos en la media que sus fuerzas le acompañen. No se siente generador de potencia alguna, sólo confía que el caudal de siempre no le abandone y le asista como hasta el momento le ha venido sirviendo. Simplemente se siente la caricatura de una ilusión, de algo que se ha materializado, pero que ha empezado a esfumarse desde el mismo momento de producirse la consagración.

El narrador (voz del protagonista) parece buscar en la reflexión pormenorizada la explicación al mundo de incógnitas que le atormenta. Busca en la memoria como fuente, ese archivo al que acudir cuando se quiere comparar y analizar los pasos que se van dando y que son consecuencia de hechos anteriores. La memoria le juega pasadas, pero no con el fin de despistarle, sino en un intento de reconciliarle, de convencerle de que las cosas se van dando así porque así estaba todo marcado y pre-

visto, escrito positivamente en el libro de la vida. Pero el terco analista vuelve a torturarse, recapacitando sobre los hechos y entrecruzando sucesos que le han situado donde se encuentra ahora.

Todo este ejercicio de análisis mental da como resultado una excelente novela de la que es difícil perder el hilo argumental. Habrá momentos en que el lector se perderá en nebulosas, en pasajes un tanto crípticos, pero es precisamente en ellos donde reside la parte profunda de la obra. Reflexión ante el espejo de la verdad, esa terrible diosa que no suele abandonar a los seres íntegros hacia sí mismos, y hacia los demás, y que se convierte en torturador, pues nunca perdona y cada vez pide más y más en un excesivo cobro por aquello que pondera y pretende realzar: la autenticidad.

Julio Llamazares: *Luna de lobos*⁷

Producido el Alzamiento del 18 de julio de 1936, España iba siendo ocupada parcialmente por las fuerzas rebeldes y sometidos sus habitantes a la voluntad del vencedor. Sería inoficioso, además del consecuente refrito periodístico, traer aquí aspectos de las penalidades sufridas por la población que paulatinamente caía en manos del ejército *nacional*.

Luna de lobos, de Julio Llamazares, no nos cuenta una sarta de tropelías; bastante conocidas son las torturas, calabozos y pócimas de aceite de ricino, como se alude arriba. Pero sí el padecimiento moral de cuatro hombres, del frente de Asturias, que regresan a sus tierras leonesas, en busca del refugio o de la ocasión de pasar a la zona republicana, con el fin de seguir la guerra o de alcanzar una frontera y con ella el exilio. Pero las cosas se tergiversan hasta el punto que el refugio momentáneo se convierte en eterno y hasta en tumba para tres de los miembros del pequeño grupo.

Julio Llamazares inicia con esta obra su trayectoria novelística. Digo trayectoria, pues espero que no sea la última entrega novelada del autor, ya que el futuro que le auguraría en este campo sería de los más halagadores. Su uso de la prosa es maduro y consciente. Maduro, pues se advierte el cuidado que ha tenido al manejar de forma cabal elementos que en ningún momento resbalan hacia otro tipo de géneros, manteniéndose incólumes en el campo de la novela. Consciente, ya que Llamazares sabe deslindar con maestría los campos literarios y aunque a veces se deja arrastrar por un, a lo mejor, exagerado lirismo, se le podría exonerar, pues no hay que olvidar que el autor es ante todo poeta, que su entrada en la literatura ha sido precisamente de la mano del verso. Toda la obra está plagada de hermosas metáforas, comparaciones bellísimas, donde la musicalidad no está en absoluto reñida con la racionalidad que debe de tener un texto en prosa.

Pese al patetismo del tema, Llamazares no olvida el barniz romántico con que

⁷ Seix Barral. Barcelona, 1985.

debe estar teñido toda obra que se precie de ser eminentemente literaria. Entiéndase lo de romántico por acepción o definición de lo poético y no de cualquiera otra de las consideraciones que pueda tener este vocablo. La trama de *Luna de lobos* es de sobrecogimiento y espanto y el autor ha tenido que esforzarse porque el carácter tántrico no haya llegado idéntico a la novela. El lector puede perfectamente empaparse de las dos intenciones: la de la noticia que el autor quiere transmitir, pero también el deseo de envolverle todo con una gasa lírica, musical, metafórica, de poesía, en una palabra. Cada árbol, bosque, copo de nieve, lengua de agua, brillo de luna o del sol sobre cualquier objeto, es bendecido por el nuevo nombre con que el poeta bautiza la materia prima de su labor. Llamazares tiene una cálida interpretación hasta para los momentos más tristes y grises, e incluso para los personajes que más odio o animadversión puedan despertar a los ojos del lector. Frases cortas, construídas la mitad de ellas de elemento racional y poético alternativamente, para, en conjunto, construir párrafos también cortos y de lo cual, todo al unísono, brota un mensaje claro, sonoro, completamente desprovisto de visceralidad.

Este último problema, el de la visceralidad, es muy peligroso a la hora de escribir una novela como *Luna de lobos*. El protagonista aparece en primera persona, narrando los hechos desagradables para él, para los suyos, para su patria y sus ideas. No sería del todo reprochable si se dejara llevar por la pasión y todo un mundo de improperios tejieran lo que a primera vista aparece como una creación literaria, una novela. No. Llamazares es cuidadoso y responsable. Cuidadoso, porque conoce a la perfección el material que está empleando y se anda con pies de plomo y cada concepto lo desmenuza finamente, pasándolo por una especie de lupa y mostrándolo para que veamos con un crudeza y realidad extraordinarias algo que está y que existe por la fuerza verídica de su historicidad. Responsable, porque sabe que si no se anda con esos pies de plomo, el mensaje se le va de las manos, la poesía moriría al instante y el texto, en principio pensado literariamente, acabaría rodando muy bajo, muriendo en las oscuras formas del panfleto o la ya desgastada denuncia político-social.

El tema, político por supuesto, no nos es servido con dicha crudeza y llega un momento que hay que hacer un alto en la lectura para recordar que se trata de hechos históricos, cuya exaltación se encuentra sujeta a todo tipo de tratamiento. Hermosamente sumergidos en poesía, perdemos la tal vez intencionalidad primaria del autor. Pero no importa, la novela puede ser la doble vertiente de dos intenciones, pero que al mezclarse se condensa todo en uno, en que es posible hablar (escribir en este caso) de cosas pasadas o presentes con la propiedad y documentación necesaria, pero sin olvidarnos de la poesía, de la amabilidad artística que en absoluto están reñidas con los conceptos anteriores. Es más, me atrevería a asegurar que si ambas cosas van juntas, poesía y racionalidad, la obra, de la índole que se quiera, adquirirá mayor dimensión y una carga enorme de humanidad que hará menos doloroso el recuerdo de ciertos episodios, si es que en ellos, por supuesto, hay algo que lamentar.

Miguel Manrique